

Ramón González Medina

Sembrar un árbol

Por Ramón González Medina

Sembrar un árbol, tener un hijo, escribir un libro... Dicen que eso es un hombre realizado. ¡Dicho así, puede parecer una singular ternura! Un hombre realizado, debe parecerse a algo mucho más elevado que todo eso. Por ejemplo: debe sentirse primero en paz consigo mismo, antes que nada. Tener conciencia exacta de qué significa dentro del espacio que ocupa, después de haberse encontrado con su hábitat. Saberse predispuesto para contribuir en pro de la paz solidaria con los hombres y todo lo que reina en el Universo. Tener asumido que es capaz de colaborar con el bien de un logro de vida armoniosa en el mundo que le rodea. Sentirse laureado por el ejercicio práctico y promotor de una justicia irreprochable. Saberse y sentirse en lo puramente humano. Naturalmente, en grado superlativo con las excelencias de la esfera terrenal. Y así mismo, reconocerse capacitado para obrar libremente, con la dignidad suficiente y oficio de nivel máximo, en la cadena sensible que parte desde nuestros ancestrales designios. Quizás, entonces, pueda decirse que éste es el hombre realizado. Casi perfecto; sabio y digno, para sentirse rigurosamente hombre total.

Tener un hijo puede parecer una consecuencia demasiado elemental. Sencillamente, bastará con secundar el tradicional y libre albedrío del instinto animal. Una de las funciones más primordiales que nos proporciona la naturaleza. Si cabe, la más hermosa o la más deplorable que nos haya legado la condición humana. No es poco. Pero tener un hijo, desde el punto de vista de lo humano, implica tener conciencia y saber de padre. Esto es equidad. Mucho en cualquier tiempo. Es hacer que el hijo, habitualmente, crezca y duerma bien; que su horario de descanso sea regular y relajado en sus primeros años, conforme a un hábitat de felicidad y calor humano, y, necesariamente, que se sienta bien acompañado por sus progenitores. Protegido, libre y feliz. Y todo esto, definido por un motivado entorno de cálida afectividad. Esa circunstancia, puede que le haga ser un ser exquisito. Justo, dulce y apacible. Racional e imperturbable. Un ser realizado y ecuánime. Aun así, tener un hijo puede ser el egoísmo de contemplarlo, viéndolo crecer hasta el fin de los días, como un árbol único y dando sus propios frutos, sin que por ello, cese el desvelo de sus cuidados.

Escribir un libro, ha de ser un laborar más infrecuente. Incluso, hasta más innecesaria. Porque puede resultarnos de mayor utilidad haber leído muchos libros que haber escrito uno.

Especialmente, si se escribe soñando con el logro de alcanzar la gloria. Pues en este caso, puede que el libro en cuestión, diga poco o nada sobre lo que debe decirse. Un libro no es sólo un título elocuente junto al nombre de su autor. La lectura de su contenido nos debe seducir y parecernos como un ritual alegórico, capaz de conducir nuestro espíritu al asombro y a la perplejidad, mediante la musicalidad de sus palabras y la intriga de sus líneas. Nos debe contagiar de belleza interior con su meditativa lectura, y emocionar con su armonía. Su paisaje envolvente, nos lo debe presentar como una correlación de imágenes que nos transmitan con nitidez la instantaneidad de la belleza. El libro, además, nos debe impregnar de sugerentes ideales, así como suscitar en nuestro interior una conducta de emociones por la sensibilidad lectora.

Plantar un árbol es una gratificante actitud de entrega total en pro de la naturaleza, que debemos conocer rigurosamente. Un fecundo homenaje de regocijo íntimo y solidario con el todo esencial visto y tocado. La colaboración necesaria para y con el imperativo humano, que aduce a la contemplación y deleite de ese rigor vivificante que se va completando desde lo vivo creciente y natural. Desde ese todo que conforma el genuino plantel del Universo irreversible, haciéndonos colaboradores sensibles de su perfección única. De su ideal, para maravillarnos con su total armonía y movimiento exacto de su equilibrio; donde nos deja ver, como plurales incentivos sobre la corteza terrenal, haciendo que nos miremos con escépticos ojos de perdiz escamoteada. No más. O todo lo que el anhelo de los instintos pueda alumbrarnos. Pero al plantar el árbol, se puede ver el incendio que es todo; el batirse la vida sobre ese jardín iridiscente. Podemos observar cómo crece y respira ese murmullo vital que nos realiza; identificándonos con el hijo, el libro y el verde, en la plenitud de su crecimiento total y duro. Como es el árbol genealógico de la naturaleza con su ropaje y sus hojas, dando asilo remoto y solidario con su sombra de huecos y su ramaje de verdor. Desde luego son tres hermosas acciones. Si se cumplen, me propongo pensar que existe la belleza.

Del libro inédito: "Aforismos, reflexiones y otras mercancías"